

¡Qué maravilla!, ¡qué privilegio!

A Inés, y a Blanca.

Escribe José María Prados sobre Chardin: ... *Al obsesivo aprecio por el desequilibrio, el movimiento a toda costa, opone la inmovilidad, la eternidad de las cosas, lo intemporal.*

Y Marcel Proust: *En esas habitaciones donde usted no ve más que la imagen de la banalidad ajena y un reflejo de su propio tedio, Chardin entra como la luz.*

Que maravilloso poder el de Chardin, de iluminarlo todo. Y que maravillosas palabras de Proust, que consiguen decirlo todo. Por mi parte, decir que nunca podré escribir nada que lo diga todo, o que diga tanto, con tanta intensidad y con tanto acierto. Es, sobre todo, cuestión de talento. Para mí, lo que entendemos por talento, está magistralmente expresado en estas palabras que Homero, en la Odisea, pone en boca del poeta Femio: *Nadie me ha enseñado: un Dios ha plantado algunas canciones en mi alma.*

¡Qué maravilla!, ¡qué privilegio!

Estos días mientras dibujaba, he sentido que soy cada vez más consciente del regalo que he recibido. Por dos razones: una, por poder hacer lo que hago, y la otra, porque al hacerlo se crea un ámbito de quietud y de silencio donde me gusta estar, y donde, con goce, experimento estos versos de Juan Ramón Jiménez:

*¡Qué quietas están las cosas*

*y qué bien se está con ellas!*

¡Qué maravilla!, ¡qué privilegio!

En correspondencia por haber recibido este regalo, cuando estoy a punto de cumplir cuarenta y cinco años, quiero tomar con mayor responsabilidad, respeto, y humildad, esa misma decisión que tomó Chardin, que es ni más ni menos que la siguiente: *Me tomo el tiempo necesario, porque he decidido abandonar mis cuadros sólo cuando, según mis ojos, no deseen nada más. En este sentido seré cada vez más riguroso.*

¡Qué maravilla!, ¡qué privilegio!

Juan Carlos Lázaro. Octubre-noviembre, 2007. Inédito